

**SOBRE LA CONDUCTA DE
LOS JOVENES
CREYENTES EN
RELACIÓN CON EL
MATRIMONIO**

Edificación Cristiana

Rudolf Brockhaus

Traducido de Bibliquest

SOBRE LA CONDUCTA DE LOS JOVENES CREYENTES EN RELACIÓN AL MATRIMONIO

El pensamiento de dirigir a sus hermanos jóvenes y hermanas algunas palabras sobre «la conducta del creyente con relación al matrimonio», ha preocupado al autor de estas líneas desde hace mucho tiempo. Muchos hechos penosos en este campo, lo mismo que estímulos provenientes de algunos amigos que tienen en su corazón el bien del rebaño de Cristo y el honor de su santo nombre, le hicieron realizar este pensamiento. Que estas líneas puedan ser útiles y benditas por la gracia del Señor, para un buen propósito entre los jóvenes creyentes. Apenas tengo la necesidad de decir que el tema mismo es importante y merece una seria atención.

El lado espiritual de matrimonio

La consumación del matrimonio es una cosa seria, en la mayoría de las veces decisiva para toda la vida. Cuando la Escritura habla de la libertad del creyente para contraer matrimonio, dice: «*solamente en el Señor*». Esta expresión va aun más lejos que «*en nombre del Señor*» va más allá.

Hay quienes ven en el matrimonio un affaire de la carne. El lector estará de acuerdo conmigo, que la manera de contemplar el matrimonio así es muy baja, además, está en completa contradicción con la enseñanza de la Palabra de Dios. En parte proviene porque se confunden juntamente las nociones de la «carne» y del «cuerpo».

La «carne», considerada como el elemento pecador en el cual el hombre natural se encuentra y se mueve, está en oposición con el «Espíritu», que es el elemento divino en la que se encuentra el hombre nacido de nuevo. El creyente ya no está más «*en la carne*», sino «*en el Espíritu*» (Romanos 8:9), y es llamado a caminar ya no según la carne, sino que según el Espíritu. Aunque la carne aun está en él, sin embargo el ya

no está más *en la carne*. Podemos entonces decir que: durante todo el tiempo que un cristiano vive aun en este cuerpo, ambos elementos están en él, uno, la carne, busca su satisfacción, piensa en lo que es carne, mientras que el otro, el Espíritu, piensa en lo que es del Espíritu.

¿Se puede decir que el matrimonio es en sí algo del Espíritu? De ninguna manera, tampoco el cantar u orar sean en si mismas cosas del Espíritu. Sin embargo, si por mi canto o mi oración, por mi comer o mi beber, por mi matrimonio o mi celibato, el Señor no es glorificado, si no cumplo todo esto en **Su dependencia y mirándole**, ni las una ni las otras de estas cosas son del Espíritu, sino solamente acciones puramente humanas o lo que aun es peor, carnales. Pero, sí **orando o cantando**, lo alabo y derramo mi corazón delante de Él; si **comiendo o bebiendo**, doy gracias a Dios, mi Padre, por Jesucristo; si **casándome o quedando soltero**, tengo la dirección paternal de Dios, y en uno u otro caso, discierno el camino del Señor **para mí**, actúo en todas estas cosas como un hombre espiritual; entonces todas estas cosas están para mí en el terreno de las cosas del Espíritu. Dios eternamente sea bendito por esta preciosa realidad. Esto da también al mínimo ejercicio un valor infinito para un corazón espiritual.

¡Pero por desgracia! A menudo reflexionamos poco o nada de lo que cada uno de nosotros vive (Romanos 14:7). ¡Cuántos cristianos actúan como si su tiempo, sus fuerzas, su inteligencia, sus bienes, les pertenecieran y como si pudieran disponer de todas esas cosas según su agrado! Olvidan que está escrito: « **¿que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio** » (1ª Corintios 6:19-20). Marido o mujer, joven o señorita, maestro u aprendiz, dueña de casa o empleada, padres o hijos, hermano o hermana, empresario u obrero, obrero o aprendiz, — en cada posición o condición, el creyente debe hacer todo en el nombre de su Señor y para su Señor, para honrar y glorificar a Dios. « **Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres** » (Comparar Colosenses 3:16-25; Efesios 6:1-9, etc.).

Sin embargo podríamos preguntar: ¿Cómo puedo saber que el Señor será glorificado por mi matrimonio o que mi elección es según Su pensamiento?

Estas preguntas son justificadas; y también son un gozo para el hijo de Dios, que en esto como en todo otro asunto, no sea entregado a lo que el mundo llama el azar, o forzado a caminar por las tinieblas. No, el cristiano es llamado a ser un hijo de luz, y Dios es el Padre de las luces. Además es llamado un hombre espiritual, y Dios es « *el Padre de los espíritus* ». ¿Y si nosotros, que sin embargo somos malos, sabemos darles buenas cosas a nuestros hijos, cuánto más el Padre celestial les dará a los que Se lo piden? De verdad, si le pedimos pan, no nos dará una piedra, y si le pedimos luz, no nos dejará en las tinieblas. Sinceramente tengamos cuidado en buscar la luz, en Él, que se llama el Padre de las luces, es decir la fuente de toda luz. Por desgracia, la inclinación del corazón a menudo yerra demasiado en esto, sobre todo en el asunto del matrimonio, donde tan fácilmente se permite toda forma de motivos humanos y carnales colocando su compromiso en una balanza. Qué el Señor nos dé, en todo, un corazón vigilante y sobrio, y un espíritu simple y recto.

En el Señor - yugo desigual.

Pero penetremos más al fondo en el asunto. Qué un cristiano, viudo o joven, una cristiana, viuda o señorita, tengan la libertad de casarse, esto ya ha sido dicho. El apóstol trata esto detalladamente en el capítulo 7 de su primera epístola a los Corintios. La negación de casarse es una señal de los últimos tiempos y la decadencia de la fe (1ª Timoteo 4). ¡El matrimonio ha sido instituido por Dios! Igualmente es una imagen de la bendita y preciosa relación que existe entre Cristo y su Asamblea. Es por esto que el apóstol dice: « *El que se casa **hace bien*** » pero añade en seguida: « *el que no se casa **lo hace mejor*** ». Podemos recordar una expresión notable y a menudo mal comprendida por el Señor Jesús: « *hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos* » (Mateo 9:12). Son aquellos que se abstienen del matrimonio por el amor del Señor y de su obra, los que, como Pablo lo expresa, se mantienen firme en su corazón y son dueños de su propia voluntad para no casarse.

Entonces si alguien cree agradar más al Señor y poder ser más útil para los creyentes, quedándose soltero, **y está en estado de asumir esta renuncia**, según las palabras del apóstol hace mejor, estaría fuera de lugar decirle lo contrario; sin embargo, tal hombre no se considere forzado u obligado al celibato porque sería el

origen de un estado muy inferior al estado del matrimonio. El Señor Jesús dice expresamente: « *aquellos que se hicieron eunucos por si mismos* ». El apóstol Pablo es un bello ejemplo de tal hombre (ver 1ª Corintios 9:5-15). Pero el número de los que están en estado de seguir el ejemplo del apóstol por los mismos motivos, a la verdad es muy pequeño. Hace falta para esto una gracia particular. Será mejor que la inmensa mayoría use de su libertad. ¿Debemos censurarlos? No; la Palabra de Dios no los censura.

¿Pero cuándo un creyente debe ser censurado? Cuando hace un uso falso de su libertad. Así como ya lo hemos visto, el apóstol añade, hablando de esta libertad: « *solamente en el Señor* ». ¿Que quiere decir esto? Pongamos bien atención que esto no significa: "si alguno se casa, lo haga *al nombre del Señor*", sino que esto tiene lugar **en el Señor**. Un creyente es un hombre en Cristo; no pertenece más a este mundo; ha salido completamente de su posición anterior, y está sobre el terreno de la nueva creación. Es un rescatado del Señor; Su cuerpo es un miembro de Cristo (1ª Corintios 6:15). Si entonces se casa **en el Señor**, evidentemente esto tiene que suceder con una persona que está con él en el mismo terreno, que pertenezca igualmente al Señor, que esté, como él, en Cristo, y miembro de su cuerpo. Está claro que el corazón de un creyente debe estar muy alejado del Señor, si el pensamiento de una unión con un hijo del mundo puede hacer raíz en él, porque « *¿que comunión hay entre la luz y las tinieblas o que parte tiene el creyente con un incrédulo?* » « *No os unáis en yugo desigual con los incrédulos* » (2ª Corintios 6:14-15). Así lo expresa la Palabra clara y simple de Dios, y ya los instintos (puedo expresarme así) de la naturaleza divina rechazan con horror tal impura unión. ¿Cómo es posible entrar en una comunión más íntima con otra persona cuyos intereses e inclinaciones están directamente opuestos a los nuestros? ¿Puede un cristiano, sin negar su cristianismo, pensar, hablar y actuar nuevamente como lo hacía antes de su conversión? ¡Imposible! ¡Y bien! también es imposible hacer que alguien, siendo inconverso, pueda pensar, hablar y actuar como un convertido. Porque las dos persona que contraen matrimonio ya no son **dos, sino una sola** carne (Mateo 19:6). Escucha lo que dice un escritor experimentado y probado, en un tratado titulado: « *Pensamientos sobre los matrimonios anti escriturales* »

“Si hay un amor verdadero para Dios, amor que reconoce las relaciones íntimas por las cuales somos conducidos a Él, es absolutamente imposible que un cristiano se permita casar con una persona mundana; porque en esto viola todo lo que lo vincula hacia Dios y hacia Cristo. Si un hijo de Dios se une con un incrédulo, es evidente que ha colocado totalmente a un lado a Cristo, y esto voluntariamente en lo más importante de su vida. ¡Mientras que en un momento igual debería tener con Cristo la comunión más íntima en pensamientos, inclinaciones e intereses, sin embargo lo excluye completamente!

El creyente se pone entonces bajo el mismo yugo con un incrédulo. Hizo su elección, es decir el vivir sin Cristo; prefiere indudablemente hacer su propia voluntad y excluir a Cristo, que renunciar a ello para gozar de Cristo y tener su aprobación. Ha dado su corazón a otro, y de hecho lo ha abandonado y renunciado a escucharle. Cuanto más grande es la inclinación y el corazón está ligado más fuertemente, más se manifiesta que prefiere alguna otra cosa que a Cristo. ¡Qué resolución terrible el querer pasar así su vida, eligiendo como su compañero (o para su compañera) a alguien que es aun un enemigo de Dios!

La influencia de tal unión sobre el esposo creyente, necesariamente será un arrastre hacia el mundo. Ha escogido ya como el objeto más amado de su corazón a alguien del mundo, y en el mundo hay cosas que solo pueden agradar a los que son del mundo, aunque su fruto sea la muerte (Romanos 6:21-23). «Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre » (1ª Juan 2:17). ¡Qué horrible situación! O se falta a la fidelidad hacia Cristo, o se lucha continuamente allí donde la más tierna inclinación habría debido crear una unión perfecta. Es un hecho de que si la gracia ilimitada de Dios no interviene, el marido creyente o la mujer creyente dejarán de resistir y se volverán poco a poco al mundo. Nada más natural. El mundano tiene sólo inclinaciones y deseos mundanos. El cristiano aun tiene, al lado de su cristianismo, la carne en él, que ama al mundo y las cosas del mundo; además, por placer de la carne, ya ha sacrificado sus principios cristianos, uniéndose a una persona que no conoce al Señor. El resultado de tal unión es que con la persona mas amada por él en este mundo y que forma una parte de el

mismo, no tiene un solo pensamiento en común sobre el tema que debería ser lo más precioso a su corazón, a saber Cristo.

Entre dos personas así unidas sólo hay desunión y disputas, como está escrito: « ¿Andarán dos juntos, si no estuvieren de acuerdo? » (Amos 3:3). De otro modo, pueden ceder primero a la influencia mundana, y finalmente encontrar nuevamente el placer en el mundo. Este resultado triste e inevitable ciertamente no es percibido, cuando el primer paso ha sido colocado en el camino que conduce a una tan mala posición. El creyente es desviado poco a poco del camino recto; hasta cuando ya no está más en comunión con su Salvador, puede encontrar placer en la sociedad con una persona que es agradable para él, sin tener un pensamiento alguno para Jesús. Si está solo, no piensa en orar, y si está cerca del objeto de sus afectos igualmente ya no puede, a pesar de los recordatorios de su conciencia. Cristo ya no es el atractivo para su corazón quien podría llevarlo a abandonar su mal camino y que sabe que no agrada al Señor. Tiene otros motivos para los cuales se deja más o menos influir y atar, por ejemplo un cierto sentimiento de dignidad; algunas veces también motivos de una especie más condenable, tales como el amor al dinero y cosas semejantes, y sacrifica a su conciencia, a su Salvador, a su alma, y esto depende de él, en todos los casos menos de la gloria de de Dios”.

¡Cuán serias y verdaderas son sus palabras, y que peso debería tener en el corazón de todo joven creyente que pelagra así de caer en las trampas de Satanás! ¡Cuánto deberían servir otras exhortaciones y advertencias, para velar por los movimientos de sus corazones y por la dirección de sus ojos! Si el primer pensamiento de una unión con una persona inconversa no es rechazada enseguida como un pecado y una infidelidad, la puerta está abierta al enemigo y el tomará parte. No en vano es llamado «*la serpiente antigua*». ¡Con que astucia sabe fascinar al pobre corazón e imaginar excusas que nuestra vieja naturaleza pecadora, la carne, se presta voluntariamente para escuchar! El sabe servirse igualmente de la Palabra de Dios. Escúchale: “No está escrito: « *¿Que sabes su mujer si harás salvo a tu marido?*» ¿Quién sabe entonces si, por la gracia de Dios, podrías ser de bendición para el inconverso, si por la buena influencia que podrías seguramente darle, se volvería a la salvación?” — ¡Por

desgracia! ¡Cuántas preguntas como estas y otras del mismo género, testifican la perversidad del corazón!

¿No es tomar como principio: «Hagamos males para que nos vengan bienes» probando así darle una norma divina? ¡Oh pobre corazón fascinado y ciego! ¿No ves como tuerces la Palabra para tu propia perdición? Estas palabras han sido escritas, pero no para el uso que tú le haces. No dice: “que sabes tu joven” o “que sabes tu señorita” No, estas palabras no son dirigidas para **ti**, sino que a personas que estaban casadas **y eran inconversas**, y uno de los cónyuges se ha convertido más tarde.

Desde antes de la ley de Moisés, un hombre que se casaba con una mujer pagana (por consecuencia impura), debía devolverla: los hijos también, nacidos de tal unión, eran impuros (Comparar Esdras 10:23). Pero, bajo la gracia, es de otra manera, el cónyuge aun inconverso es santificado por aquel que es convertido; los hijos también son declarados santos y son considerados delante de Dios en el mismo terreno que el padre o la madre creyentes. Además, se le dice al esposo (o a la esposa) creyente, para su consolación, que la gracia que ha sido derramada en él es bastante grande para alcanzar el otro cónyuge.

Si voluntariamente el creyente está ciego por alguna inclinación, se entrega a la ilusión de que la persona a la cual su corazón está encadenado, es realmente convertida, si sobre todo esta persona toma poco a poco la costumbre de un lenguaje cristiano — ¿y de qué no es capaz el corazón astuto del inconverso, cuando se trata de lograr el fin deseado? — si hace una cierta profesión de cristianismo, ¡Oh! cuán ligeramente se contenta entonces con pruebas de conversión, que en otras circunstancias consideraríamos como muy insuficientes. La **voluntad propia** está en actividad. No se espera en el Señor, sino que hace su elección sin Él, desea casarse con la persona que ama; presenta su voluntad bajo el aspecto lo mejor posible, y para no verse en oposición directa con la voluntad de Dios, procura persuadir a los demás y a si mismo de algo que no está convencido de ninguna manera. Oh pobre alma, cuán doloroso será tu despertar si después de una corta ilusión debes reconocer que el corazón de tu compañero o de tu compañera estaba en el mundo y es del mundo.

Descubrirás, pero muy tarde, que te has engañado, probarás el dolor y te arrepentirás del paso que diste; renunciaste a tu nazareato; te has hecho uno con el mundo, y deberás llevar, posiblemente toda tu vida, las consecuencias de tu infidelidad, bajo los reproches continuos de tu conciencia, siempre trabado por tu compañera (o compañero), que no puede comprender tus sentimientos, que incluso, en el fondo de su corazón es un enemigo de Aquel que tu amas y deseas servir. Oh, piensa en el fin de un camino tan terrible, a menos que la misericordia de Dios te libre.

Es por eso que, mi querido lector, querida lectora, **no te dejes arrastrar por quien te ponga bajo un yugo desigual con un incrédulo**. Si inclinaciones ilícitas de esta especie toman lugar en tu corazón, reflexiona que no son las inclinaciones del nuevo hombre, sino de tu vieja naturaleza, y clama a Dios para obtener la fuerza para poder juzgarlas sin tardanza y rechazarlas. Pero posiblemente dices: “me cuesta demasiado; jamás podré encontrar un buen partido; ¿debo actuar al revés de mis intereses?” ¿Oh mi amigo, mi amiga, acaso tus intereses tienen más valor para ti que los intereses del Cristo? ¿No es ya algo triste que tus intereses no sean uno con los de tu Señor quién te rescató y al que perteneces por todo el tiempo y la eternidad? ¿Quieres renunciar a sus intereses, a su honra, a su gloria, para unirte, tú, un miembro de Su cuerpo, con un hijo del mundo, unir a Cristo y Belial? ¿Que son todos los tesoros del mundo, si debes comprarlos a tal precio? ¿Quieres sacrificarle la paz y la felicidad de tu alma al injusto Mamón, o al éxito y a la reputación en este mundo? Quieres afligir de manera tan profunda, deshonorar y repudiar a Aquel que te dice: « ¡Bien, buen siervo y fiel ! » ¿ Deseas entregar al mundo el secreto de tu fuerza espiritual, como un día Sansón se lo entregó a Dalila? ¿Quieres cargar con un fardo que te hará tropezar y detendrá completamente tu carrera hacia el fin? ¿Deseas — permíteme aun esta pregunta directa — deseas tú, llegar a ser padre o madre de hijos que en tal caso, irán casi siempre del lado de la incredulidad y a los que no podrás, a causa de tu infidelidad, servirte de esta gloriosa promesa: Tú **y tu casa**?

Si tus inclinaciones ya están en algún modo vinculadas de manera culpable, sacrifícaselas al Señor, cueste lo que cueste. Evita el lazo del cazador. Y si tus pies están ya enlazados, implora la fuerza y el socorro de Dios para librarte. Puedes estar

seguro que recibirás una suculenta recompensa por el sacrificio que harás. Te quedarán como tesoro de un valor inapreciable, una buena conciencia y un corazón feliz, lleno de paz, y el Dios de paz estará contigo. ¿Y Aquel que te ama por sobre todo, no te conducirá de tal modo, que al final tendrás sólo alabanzas y acciones de gracias? Seguramente El lo hará. Conoce los deseos de tu corazón, y ciertamente los satisfará a su tiempo, si esto es bueno y útil para ti.

3. Noviazgo

Hemos visto que en toda circunstancia es malo para un creyente, porque es contrario a la Palabra de Dios, casarse con una persona que no pertenece al Señor aun cuando sea honorable o incluso exteriormente sea muy religiosa, por lo demás. Hay aun muchas cosas que, para una determinación tan seria, deben ser tomadas en cuenta. Cada cristiano tiene, en general, la **libertad** de casarse, pero en cada caso particular es oportuno examinar si serias consideraciones y dificultades no obstaculizan este proyecto. Si, por ejemplo, un hermano o una hermana tienen en su entorno, padre y madre de edad muy avanzada, e incapaces de ganarse la vida. Estos deberes harían imposible llevar a cabo esta unión, la libertad de llevarlo a cabo estaría necesariamente restringida. Si un hermano no está en condiciones de alimentar a una mujer y a una familia, no puede afirmar que Dios le ha abierto ese camino. Cuántos jóvenes cristianos han caído en gran miseria, por haber descuidado esta simple consideración y fueron traspasados por muchos dolores. ¡Y cuántos matrimonios han servido así para deshorrar el nombre del Señor durante numerosos años!

Se dice: si dos jóvenes se aman, sin hallarse en situación aun de casarse pueden, mientras tanto, permanecer en una relación el uno con otro, pasear juntos, etc., y esto puede durar así varios años. Solo podemos condenar esta costumbre, primeramente porque **la Palabra de Dios no reconoce tal estado**. Ya este sólo hecho debería bastar para el cristiano, para estar alejado de tal práctica, que, en realidad, en la inmensa mayoría de los casos, puede dar sólo tristes resultados. Si todos los creyentes que han seguido este camino quisieran reconocer sinceramente donde esto les condujo, firmemente estoy convencido de que dejarían que el mundo siguiera con esta manera de hacer. Si estas relaciones se prolongan en años, y no siempre

conducen a un mal manifiesto, sin embargo, por la naturaleza de las cosas, se exponen a grandes tentaciones.

Desearía entonces rogar insistentemente a los hermanos jóvenes no casados conservarse puros a este respecto del mundo y de su manera de actuar, y antes de todas las cosas abstenerse de comenzar una relación en secreto, sin haber pedido consejo de sus padres o amigos creyentes. El que entra en este camino, no puede contar con que el Señor le guardará allí. El Señor guarda a los suyos, cuando caminan delante de Él, en su dependencia y en el temor de Dios, pero no cuando siguen sus propios caminos, los del mundo y de la carne. Al contrario, son entregados entonces sin defensa a las pasiones y a las codicias de su vieja naturaleza. Su corazón no está en comunión con el Señor, su ojo es simple, y la oración, aunque la practican aun, no es sincera.

¿Pero, objetará alguno, la Escritura no conoce un estado de noviazgo? ¡Evidentemente! Hasta se sirve de eso como una imagen de la relación que existe ahora entre Cristo y sus rescatados. El es el novio, nosotros somos la novia. Solamente que no encontramos nada en la Palabra de Dios con respecto a las relaciones que acabamos de describir; nos habla de un acuerdo de dos seres humanos o de un noviazgo **en miras a una conclusión pronta del matrimonio**. Tal acuerdo es muy natural y corresponde al pensamiento de Dios. Puede pasar un tiempo entre el noviazgo y las bodas, en la medida en que esto es necesario, para los preparativos que ocasiona el matrimonio; pero es otra cosa la mala costumbre señalada más arriba. El tiempo que los novios pasan así, es particularmente dulce y agradable para ellos, si gozan en la pureza y la castidad, pero esto sólo debe y puede ser un período de transición. La experiencia ha mostrado muy a menudo que es peligroso prolongarlo más tiempo en que las circunstancias lo hacen necesario. El espíritu desea siempre el bien, la carne permanece siempre débil; es por eso que, debemos evitar todo peligro. Desearíamos poner seriamente esta consideración en el corazón de los padres de los jóvenes cristianos comprometidos. A menudo ellos

también faltan a este respecto, lo que les atrae más tarde humillaciones y profundas penas.

Una vez más, jóvenes, estén firmes. Sean prudentes en sus relaciones mutuas. Velen sobre su corazón. Sean vigilantes, sobrios y castos. Guárdense de esas familiaridades culpables,— que sin ir a lo peor de los casos, ya han manchado a muchos corazones jóvenes, detenido en su crecimiento a muchas plantas amadas del jardín de Dios, y posiblemente las sumergieron en la tristeza durante muchos años. ¡Velen y oren a fin de que no entren en tentación! Escuchen las advertencias llenas de amor del buen Pastor que desearía guardar a sus ovejas de todo mal pasto.

Pero, se dirá, ¿cómo deben proceder entonces los jóvenes creyentes, que deseen usar de libertad para casarse? ¿Que deben hacer? Antes de responder a esta pregunta recordaré la relación que existe entre Cristo y su esposa, y que encuentra su tipo en las relaciones terrenales entre un novio y su novia, entre un hombre y una mujer. ¿Por qué el Señor buscó a su esposa? ¿Era porque ella podía ofrecerle agrado y encanto? ¿Era para el mismo, pensando en Él, en su felicidad y en sus intereses?

No, la buscó por amor a ella, para darle todo su amor y para hacerla participar en todo lo que a El le pertenecía. ¿Y de la mano de quién la recibió? De la mano de su Padre. « *Tuyos eran, y me los diste* », le dice (Juan 17:6). Y precisamente porque el Padre le dio la Esposa a Él, a su Hijo, es tan amada a sus ojos y tan preciosa a su corazón.

Teniendo en consideración la gran diferencia que existe entre las cosas eternas y las cosas temporales, no podemos sin embargo abstenernos de reconocer los principios que deben dirigir a un hermano en la elección de una compañera. El hecho de que estos principios son poco observados en general, debe afligirnos profundamente, pero no puede ser un motivo para debilitarlos o rebajarlos, no más que el hecho de admitir que nuestra vieja naturaleza está directamente opuesta a estos principios, y esto no nos da la libertad de ponerlos a un lado.

El amor verdadero « *no busca lo suyo* » ¡Pero por desgracia! ¡En cuántas maneras el hombre a menudo busca para si mismo, cuando toma la resolución de casarse! Desea

tener una mujer simpática y bella, desea mejorar su situación exterior, busca el deleite y el bienestar, la fortuna, el parentesco distinguido, busca en toda estas cosas que están en su ventaja. Seguramente, quiere también a una mujer a la que querrá, pero el pensamiento también toma en cuenta lo que le ganará en esta unión. ¡Como esto es de otra manera, cuando un amor verdadero dirige el corazón! No busca **su ventaja**, sino que el del otro No piensa en el, sino en su amado (amada) y en el bien de éste.

El segundo principio, mencionado más arriba, está estrechamente unido con éste. ¿Qué es lo que atraía a los ojos de Cristo la belleza de la Esposa? En si misma ella no poseía ninguna. Era, lo hemos dicho, el hecho de que el Padre se la había dado, que era un don de su mano. Más el Hijo honraba al Padre, más grande era a sus ojos el valor de lo que el Padre le daba. « *Tuyos eran, y me los diste* », tal era el lenguaje de su corazón. Lo que el Padre le da, es para El una joya preciosa que guarda con un tierno cuidado. ¡Pues bien! el marido debe también recibir a su mujer **como un don de la mano del Señor**. En cuántos matrimonios los primeros días son dulces de felicidad, pero seguidos por desilusiones amargas que hacen del afecto mutuo una tarea casi imposible de cumplir. ¿De dónde viene este penoso el resultado? En que, en estos casos, el marido no obtuvo a su mujer del Señor, por medio de la oración, y no la recibió de su mano. Cuando posiblemente las circunstancias le hicieron mirar el matrimonio como algo deseable, tomó la resolución de buscarse una mujer. En su elección (incluso si ha estado en el círculo de los miembros de Cristo), como acabamos de señalarlo, ha mirado la belleza, el dinero o la consideración, o en el mejor de los casos, se ha preguntado si había una hermana que pudiera convenirle a el y a su casa conforme a las disposiciones, del carácter, etc. Aquella que mas le ha agradado bajo estos aspectos, la ha escogido, su corazón ha ido hacia ella. Ha tenido de buena fe estos movimientos de su corazón para un amor verdadero y fiel; por otra parte, parece ser correspondido, y así el matrimonio parece haber concluido bajo los más favorables auspicios. La vida conyugal comienza, ¡pero por desgracia! ¡ el sueño prontamente se disipa y es seguido por un doloroso despertar!

¡Mi querido joven lector! ¡Qué el Señor te guarde en su gracia! Si hoy o mañana la cuestión del matrimonio se pone delante de ti, si te concede un corazón preparado para

confiarle todo, y te da la seguridad simple y tierna de que tu causa está bien y firmemente guardada en sus manos y que Él te concederá **en su tiempo y a su manera la petición de tu corazón**. Ellas están llenas de consuelo para un hijo de Dios que tiene la conciencia para Él, nada es dejado al azar ni a las circunstancias, sino que todo se encuentra en las manos de un Dios y Padre fiel, cuyos cuidados son continuos y cuyo corazón se ocupa de todo lo que concierne a los suyos. Nos conoce exactamente, a nosotros y nuestra situación. Podemos también decirle con toda confianza, lo que deseamos y Él, que alimenta a los jóvenes cuervos y da su pasto a las bestias del campo, ciertamente nos escuchará con gracia y amor paternal. Tomará nuestro asunto en sus manos. ¡Oh! ¡Si los creyentes fueran más simples y tuvieran más fe, cuántas experiencias ricas y preciosas haríamos con su socorro lleno de gracia y sabia dirección!

Aquí muy particularmente esta palabra tiene importancia: « *si tu ojo es simple, todo tu cuerpo estará lleno de luz* (Mateo 6:22). ¡Cuántos pasos falsos en aquello que nos ocupa, se atribuyen precisamente a que el ojo no ha sido simple y dirigido sobre el Señor, con el corazón reposando en una plena confianza en su amor! Sin duda aunque hubiéramos tenido el deseo de esperar en Él, y hubiéramos clamado al Señor pidiendo su bendición, el corazón no estaba en reposo esperando pasiblemente su dirección. Hay una gran diferencia entre añadir **también la oración** a su propia actividad, o realmente entregar el asunto al Señor y esperar con paciencia sin procurar precipitarse o ayudar a su acción. Una cosa es, tomar su propia decisión, hacer esfuerzos, y luego orar para que el Señor los bendiga, y otra dirigir en primer lugar la mirada sobre el Señor y entrar luego en los caminos que Él indica empleando los medios que El nos da. En el primer caso, aunque en apariencia el cristianismo no sea puesto a un lado, el hombre y los pensamientos humanos están en actividad, Dios y su dirección paternal están en segundo plano. E inclusive, reconociendo que hay una dirección de Dios para sus hijos en los casos donde sus ojos no están dirigidos sobre Él, es imposible discernirlo y seguirlo mientras sus propios pensamientos desempeñen el papel principal en su **manera de actuar**. ¿Cómo el corazón podría agradecer a Dios por algo que no se le ha preguntado y que no ha sido recibido de Su mano?

Pero, por otra parte, ¡cuan hermoso es para un hermano, poder ver a su mujer como un don de su Padre celestial! ¡Qué alto valor adquiere para su corazón el hecho de que puede considerarla como el don precioso que el Padre concedió a su oración! ¡Y que hermoso y bendito para la hermana, habiendo esperado en el Señor y viendo sus oraciones contestadas, puede considerar a su marido como aquel que le fue dado por Dios, como aquel de quien ella debe ser la compañera fiel y la ayuda en los buenos y los malos días, mientras que le da a ella su felicidad y su alegría! Es en un caso parecido, que se puede y en todos los conceptos aplicar justamente la palabra: «*Lo que Dios ha unido...*»

4. Relaciones con los padres

Desearía aun mencionar un punto que tiene su importancia, precisamente en nuestros días cuando los hombres entre otras cosas están caracterizados por ser: «*desobedientes a los padres*» (2ª Timoteo 3:2). Hoy, en el mundo, cuando un joven ha logrado ganarse el pan solo, comúnmente piensa: “ahora soy mi propio dueño y ya no necesito inquietarme de la opinión de mis padres, puedo hacer o no hacer lo que me agrada”. Apenas necesito remarcar la inconveniencia de tal lenguaje; pero ante todo, jamás deberíamos oírlo en un hogar cristiano. Aunque un niño se haya hecho un joven o inclusive un hombre hecho y derecho, siempre permanece el orden divino: «*Honra a tu padre y a tu madre*» y los hijos adultos encontrarán siempre que la obediencia a este mandamiento es la fuente de ricas bendiciones. Es el primer mandamiento en la cual el cumplimiento tiene una promesa vinculada: «*para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra.*» (Efesios 6:1-3).

En cualquier lugar, en el tiempo que sea, los hijos deben pedir el consejo a sus padres, cuando se trata de algo tan importante como la consumación de un matrimonio. No vacilo en afirmar que enlaces ó, para hablar más exactamente, el casamiento a espaldas de los padres, es algo malo ¡Qué ningún hijo o hija piense que el hecho de haber alcanzado su mayoría de edad haga superficial el reconocimiento de los derechos de los padres!

Al contrario, si hay entre los hijos sentimientos cristianos, al avanzar más en edad, respetarán más a sus padres y apreciarán sus consejos. Considerarán como un gran privilegio pedir sus consejos y actuar en comunión con ellos. Si hubiera diferencias de opinión entre los padres e hijos (suponiendo que no se trate de asuntos de conciencia, a los cuales la Palabra de Dios da su dirección), seguramente en un noventa y nueve sobre cien casos, tendrían los hijos menos de que arrepentirse siguiendo la opinión de sus padres que siguiendo su propia voluntad .

Finalmente al lado de la familia terrenal está la familia de Dios, un círculo de hermanos y de hermanas, que también tienen sus derechos. Cuántos jóvenes han pensado y dicho, demasiado tarde: ¡Ah... si les hubiera pedido consejo a los hermanos de más edad y más experimentados que yo! Pero el arrepentimiento llegó demasiado tarde. ¿No habrá dado el corazón y la conciencia fieles advertencias? Pero no escuchamos. La voluntad propia estaba en actividad y actuó así. ¿Pudiera ser que evitábamos cuidadosamente buscar el consejo de los hermanos, porque sabíamos por anticipado que no sería según lo que deseábamos? ¡Oh! Si cada uno considerara en su corazón que un asunto mal comenzado puede difícilmente tener una buena salida. Lo que ha comenzado por la carne, puede difícilmente terminar en el Espíritu; ¡y si esto se efectúa, sólo puede ser sobre el camino de la disciplina, por qué es como nuestro Padre celestial nos enseña a juzgarnos **a nosotros mismos, así como los motivos de nuestras acciones, y a soportar humilde y pacientemente las consecuencias dolorosas**, que durarán a menudo tanto como sea nuestra vida aquí abajo! Cuan necesario es desear que aquellos para los cuales nuestras advertencias fraternales llegaron demasiado tarde, por lo menos se prosternen en el polvo ante Dios. Porque inclusive si caminan bajo el peso de las consecuencias de su locura, la vara desaparecerá de la disciplina, tan pronto como se hayan juzgado ellos y sus caminos.

Para las jóvenes cristianas la cosa es más fácil, porque no son llamadas a buscar o actuar. Corren un menor peligro al dar un paso en falso. Pero por otra parte, es más difícil para ellas, porque están obligadas a esperar más diligentemente en el Señor, y sabemos que nada le desagrade mas a nuestra naturaleza que permanecer tranquilo

y esperar en Él. Como en el caso de Saúl, espera siete días; pero cuando los proyectos y las esperanzas, desaparecen gradualmente a sus ojos. se impacienta, toma el asunto por si mismo y « *actúa locamente*» (Comparar 1^a Samuel 13:8-13). Dice el salmista « *Guarda silencio ante Jehová, y espera en él*»; evidentemente es un estado precioso de alma, y desearía siempre que mis jóvenes hermanas solteras lo anhelaran. Les recordaré también las palabras del apóstol a los Corintios: « *Hay asimismo diferencia entre la casada y la doncella. La doncella tiene cuidado de las cosas del Señor, para ser santa así en cuerpo como en espíritu; pero la casada tiene cuidado de las cosas del mundo, de cómo agradar a su marido.*» (1^a Corintios 7:34)

¡Terminamos con el propósito que cada uno tiene cuando da los primeros pasos en el camino del matrimonio! Si se camina por la luz y cara a cara con el Señor, resultara todo para la gloria de Dios y para su propia bendición. No hay ninguna relación donde sea más importante pensarlo que en el matrimonio, porque es lo mas intimo que pueda existir sobre la tierra. Y si no hay nada más hermoso que esta relación, nada es más repulsivo que su falsificación. Incluso los hijos del mundo suponen una de dos, o se es completamente feliz en el matrimonio, o no lo somos en absoluto; no hay un estado intermedio.

¡Por desgracia! ¡Que triste es ver entre los cristianos a tantos matrimonios desgraciados que deshonran al Señor y escandalizan al mundo! Que puedan estas líneas, contribuir por la gracia de Dios, a guardar a muchos jóvenes cristianos tomar decisiones ligeras o irreflexivas, tomadas sin el Señor; si esto es así el propósito y el deseo del autor de estas líneas será alcanzado.